

La voluntad de Europa ante retos decisivos

Que Europa está de moda lo demuestra la atención que le dedican los medios informativos con motivo de la puesta en circulación del euro, moneda común de once países del viejo continente. Pero hay muchos europeos preocupados por otras dimensiones más importantes que la mera competencia comercial. El autor de este artículo, bien situado en el observatorio de Bruselas, se interroga sobre la voluntad europea ante los retos políticos que se le plantean, y se interesa por la opinión pública, no demasiado informada acerca de los mismos. Como reflexión final aparece el papel de los cristianos en el horizonte de la construcción de Europa.

Pierre de Charentenay, SJ*

LA salida al terreno de juego de la Unión europea de los Quince es uno de los proyectos políticos, sociales y cul-

* Director de 'OCIPE (Office Catholique d'Information et d'Initiative pour l'Europe. Bruselas.

turales más ambiciosos del momento actual. Desborda las instituciones nacionales y nos invita a dirigir nuestra mirada más allá de nuestras fronteras y de nuestros nacionalismos, que han sido tan mortíferos en el pasado. Construida en un primer momento en torno a la reconciliación franco-alemana de posguerra, esta voluntad europea se ensancha y se refuerza con el propósito de constituir un conjunto político y económico que sea capaz de equilibrar a las otras grandes potencias del mundo, Estados Unidos, Japón, China. Pero el trabajo de reconciliación interna en el continente, especialmente entre el Este y el Oeste de Europa, todavía no ha terminado. Las prevenciones y las sospechas son numerosas y profundas. Las diferencias son mal comprendidas. Aun cuando el proceso de ampliación ya esté decidido, las opiniones públicas, tanto en el Este como en el Oeste, están lejos de una adhesión.

Porque todo el mundo se pregunta a dónde va Europa. ¿No corre el peligro de convertirse en una inmensa zona de libre cambio? ¿No ha perdido la inspiración de sus orígenes? La ampliación ¿no resulta peligrosa para la propia calidad de la construcción? ¿Será posible conservar en el futuro aquellos valores que han permitido a los estados aproximarse unos a otros, creando así, como deseaba Robert Schuman, «solidaridades de hecho»?

Desde hace aproximadamente cincuenta años, los tratados y los acuerdos han construido una Unión europea concreta. La CECA en 1951, la CEE en 1957, la elección del Parlamento europeo en 1979, el Acta Única europea en 1986, los Acuerdos de Schengen en 1990, el Tratado de Maastricht en 1992, el Tratado de Amsterdam en 1997. Se preparan otras etapas, mientras que esta Unión se va haciendo tan compleja que el ciudadano se pierde en ella. En estos meses de debates acerca del futuro de Europa, es importante reflexionar con seriedad antes de las elecciones europeas de junio de 1999.

Tres realizaciones decisivas

EN estos finales de los años noventa, se nos preparan tres retos europeos muy concretos. En primer lugar, la llegada del euro desde enero de 1999 a nuestras cuentas bancarias. En mayo del 98, los jefes de Estado y de gobierno han decidido las paridades de las monedas y países que iban a pasar al euro. Este paso ha producido ya efectos positivos, especialmente en la estabilización, aun en medio de una tempestad monetaria mundial generada por las sacudidas de los mercados asiáticos de los sistemas financieros europeos. Europa, gracias a esta puesta en común de

las monedas de once países, se convierte en un polo de estabilidad. Característica nueva para varias naciones, esta estabilidad aparece como algo esencial para el desarrollo y para la aceleración de los intercambios y, por tanto, del crecimiento económico. Ninguno de los nuevos gobiernos de izquierda recientemente elegidos en Europa ha cuestionado los principios del control de las finanzas públicas y del equilibrio presupuestario. Se pueden esperar efectos positivos en la creación de empleo. Y además de esta unificación monetaria no se registran eventuales efectos negativos, tales como el aumento de las desigualdades entre las regiones o la aceleración de las concentraciones de empresas.

En el plano político, el símbolo de una moneda común se revelará como fermento poderoso de una unidad concreta. Más allá del cuadro monetario, este cambio se convierte en un factor de integración política y cultural. En el seno de esta etapa, Europa ha de reconocer que debe mucho a Helmut Kohl, hoy alejado del poder, que ha sabido hacer aceptar este proyecto a los alemanes, tan reticentes con frecuencia a la hora de abandonar el marco. Ha trazado el camino de una confianza concreta por medio de la cual se construye Europa.

La segunda gran realización, igualmente decidida, es la ampliación de la Unión europea a los países del Este. En dos oleadas sucesivas y en el espacio de diez años, la Unión pasará de quince a veintiséis países. Esta ampliación tiene un gran dinamismo de atracción ya que hay una afluencia de candidaturas, desde Turquía hasta Malta.

Es cierto que las integraciones previstas crean no pocos problemas. A los recién llegados se les va a pedir numerosos y profundos ajustes, para alcanzar el nivel de desarrollo del conjunto de la Unión y para adaptarse a aquellas formas de actuar que ya son comunes en Europa. A pesar de todas las reglas de prudencia, concretadas en progresivas medidas de integración, los países del Este tendrán que transformar su sistema económico y financiero, su administración y no pocos de sus hábitos, para poder llegar a estar al mismo nivel de los socios de los restantes países. Se acelerarán las evoluciones sociológicas, lo cual va a producir graves tensiones con aquellas categorías sociales que rechacen este movimiento.

Pero también los actuales miembros de la Unión pasarán por dificultades para poder acoger a los nuevos. Tendrán que entrar en el juego de la competencia abierta con los nuevos socios, sin proteccionismo. En este sentido, la ampliación es un bomba social por razón de las diferencias de salarios y de prestaciones sociales entre el Este y el Oeste. Además, países como Irlanda, España o Portugal, que durante mucho tiempo han disfrutado de las

subvenciones de Europa a través de los Fondos estructurales destinados a las regiones más pobres, no recibirán ya esas subvenciones, que estarán destinadas prioritariamente al Este de Europa. ¿Serán capaces las opiniones públicas de comprender estas transferencias, o se encerrarán más bien en las ventajas adquiridas, sin abrirse a la solidaridad con los países cercanos y frateros? Esto mismo se planteará a los países que tradicionalmente han sido los socios capitalistas de Europa. ¿Aceptarán continuar con la financiación de este desarrollo comunitario, o procurarán liberarse de este peso para encerrarse en sus propios problemas nacionales? No resulta nada fácil escapar a la tentación de replegarse en el propio interés nacional, sobre todo cuando la crisis es un elemento que se convierte en permanente.

Esta amplia acogida no es, sin embargo, sino un acto de justicia hacia el Este de Europa. Estos países han sido víctimas de su vecino soviético sin que Occidente haya reaccionado a los diversos golpes de Estado que los arrojaron al campo comunista. Lo que ahora se necesita es una auténtica reconciliación. Debido a la gran desconfianza que ha brotado entre las dos partes de este continente, los reencuentros no serán nada fáciles. Será necesario un diálogo perseverante y explicar pacientemente el pasado, para que se renueven los lazos de fraternidad que existieron en un tiempo ya lejano.

El tercer sector de la transformación en curso es el de las reformas institucionales. La cuestión que está en juego es la de la gobernabilidad de Europa. No existe todavía el Estado europeo, sino únicamente instituciones de la construcción europea. El sistema actual por el momento no resulta satisfactorio. Se ha hecho muy complejo y especialmente opaco a la opinión pública. ¿Quién gobierna? Donde está la democracia ¿el papel del Parlamento es algo marginal? ¿Cómo se gobernará una Europa de veinticinco países?

Las instituciones deben evolucionar, para permitir un gobierno estable y responder así a aquellas necesidades de la democracia que no están cubiertas. La instauración de un gobierno europeo no es tan simple, ya que, permaneciendo soberanos los Estados en numerosas parcelas, un sistema así debe incluir estructuras estatales y estructuras intergubernamentales. Hay que poner en pie un modelo que es único en el mundo, un sistema que no será ni el centralismo a la francesa, ni la democracia de «cheque y balance» a la inglesa ni el federalismo a la alemana.

Se necesitan varias reformas: a las inmediatas, hay que cambiar el número de Comisarios, que no puede rebasar el actual (veinte) aunque otros países entren en la Unión. Pero hace falta, sobre todo, modificar los procedimientos de voto en el Consejo europeo (la suprema instancia de decisión),

para pasar de la unanimidad de los votos a una mayoría cualificada. Porque no sería aceptable que un país que haya sido admitido recientemente en la Unión pueda bloquear con un veto todo el proceso. Estas reformas, aunque ya están previstas, todavía no han sido puestas en práctica después de la reunión que desembocó en el Tratado de Amsterdam. Para evitar un bloqueo completo de la maquinaria europea, deberán ser aplicadas antes de las primeras integraciones del 2002 y del 2003.

Más allá de las reformas institucionales, Europa necesita sobre todo reformas de fondo para imaginar un sistema que conjugue, en el respeto a los estados y en respuesta a las necesidades de la democracia, el federalismo y la subsidiariedad. ¿Cómo conjugar eficacia y transparencia en un conjunto tan amplio y tan heterogéneo? Aparece clara la importancia del papel de la Comisión europea como instancia de propuestas y de iniciativas. Pero después de la cumbre de Pörschach, queda claro que los jefes de Estado y de gobierno, reunidos en Consejo europeo, quieren conservar el poder efectivo. ¿Cómo combinar este deseo con el de los ciudadanos de ser escuchados en sus preocupaciones por el futuro?

Si el objetivo de las reformas es difícil, el propio método debe ser sometido a discusión. Bloqueadas por las voluntades de poder y los frenos locales, las Conferencias intergubernamentales han puesto de manifiesto sus límites. ¿Sería quizá preferible un comité de expertos que, con mayor libertad y con mayor imaginación que los gobiernos, hiciese un proyecto? No queda ya mucho tiempo antes de la llegada de los nuevos miembros. Es preciso tomar decisiones pronto.

Una opinión pública inquieta

SI los problemas institucionales europeos son numerosos, los desacuerdos y los debates rebasan por completo a las opiniones públicas, a menudo mal informadas y no acostumbradas a situarse en este conjunto europeo. Ahora bien, el futuro de Europa, lo mismo que el de cada uno de sus países, depende de cuanto suceda en esta opinión que, cuando se expresa a través del voto, es soberana. Las opiniones públicas nacionales están inquietas por diversos motivos.

Se advierte, en primer lugar, un gran desnivel entre la realidad de las instituciones europeas actuales y lo que las opiniones nacionales de hecho perciben. La construcción europea avanza a ritmo rápido, aun cuando se vaya forjando a un ritmo más lento del previsto. Las instituciones continúan

anudando vínculos que unen a todos los países y continuamente prevén nuevos avances en el mercado, en las finanzas, en lo social. Pero en la integración de estos cambios, que les parecen muy lejanos, las mentalidades son mucho más lentas. El ciudadano de a pie se queda perplejo y hasta escandalizado cuando se entera de que en la Comisión europea trabajan 15.000 funcionarios. (Aunque este número es menor que el de los empleados de la alcaldía de Marsella que llega a los 20.000). La opinión percibe la realidad de Europa cuando se siente afectada por medidas concretas: faros blancos, aceite de oliva, la caza, el queso, pronto la moneda... Pero ignora los grandes equilibrios europeos. Si algún conocimiento tiene de la Política Agraria Común (PAC), nada sabe de los Fondos estructurales que, sin embargo, son la expresión más concreta de la solidaridad entre las regiones. Este desnivel es muy peligroso. Una opinión que no siga habitualmente las evoluciones de las instancias políticas que la conciernen puede reaccionar muy negativamente cuando percibe que sus dirigentes no le han dicho todo. No entendiendo lo que sucede en Bruselas, echa tranquilamente todos los problemas de su país sobre las espaldas de Europa, al tiempo que desprecia fácilmente a los «burócratas» de Bruselas que no entienden nada. El reto de este acercamiento entre la instancia de decisión y la opinión pública es el mismo que el de la democracia. Cuando se cree percibir un abismo entre los que hacen la política y los que la padecen no se puede decir que haya verdadera democracia.

El segundo gran problema que afecta a la opinión pública reside en la confusión de ideas que circulan sobre Europa. En cuestiones importantes, las opciones sobre el porvenir de Europa están poco aclaradas.

— *Ante todo el federalismo.* Europa se construye como una gran institución federal que respeta las autonomías nacionales por la subsidiariedad. La Comisión europea, y a fortiori la Banca europea, son instituciones federales, no sometidas al poder de los Estados. Esta lógica es vivida tranquilamente por las instituciones europeas que no se extrañan de ella. También por los gobiernos nacionales cuando miran a Europa y hablan como Bruselas. En revancha, cuando algunos gobiernos de las naciones se dirigen a su opinión pública nacional, continúan hablando de la Europa de las naciones, dando a entender que el federalismo no existe y que Europa no es sino un sistema intergubernamental. Denuncian los gastos de Europa que les parecen excesivos. Cuando tienen que aceptar una decisión que no les satisface dicen que no se está respetando la subsidiariedad y utilizan la subsidiariedad para defender su propio interés nacional. Llegan hasta votar en Bruselas a favor de una determinada decisión y se niegan a aplicarla en su propio país, como ha hecho Francia a propósito de varias decisiones europeas relativas a la caza.

Incluso critican el poder de la Comisión y hablan de reducirlo. Con esta práctica del doble lenguaje de los gobiernos, no es extraño que las opiniones públicas se encuentren confusas sobre esta cuestión central del federalismo.

– *Relaciones con los Estados Unidos*. Varios países son autonomistas (Francia, Bélgica, Italia), pero otros son atlantistas (Alemania, Inglaterra). Esta cuestión crucial oculta las múltiples divergencias internas de la Unión europea en el terreno de la política exterior. Un cierto distanciamiento en relación a los Estados Unidos permitiría posiblemente un debate profundo sobre las opciones exteriores que deben tomar los quince. Pero frente a este proyecto de autonomía en relación con América, el Tratado de Amsterdam se muestra más bien reticente, supuesto que la defensa europea debe ejercerse en el interior del cuadro de la OTAN.

– *Soberanía y solidaridad*. Algunos países han comprendido el principio de la soberanía compartida, clave de Europa, pero otros entran con mucha dificultad en este sistema de solidaridad que existe entre todas las regiones de Europa, principio básico de la Unión, y expresan su disgusto por la pérdida de su capacidad de independencia. Los países que han recibido bastantes subvenciones europeas no aceptan fácilmente no seguir recibéndolas. Los que durante bastante tiempo vienen financiando a Europa se muestran claramente inclinados a reducir sus esfuerzos. Finalmente, se es europeo en cuanto que se recibe algo, pero no se quiere participar cuando se trata de contribuir para los demás. Las opiniones públicas no han comprendido que la solidaridad es la clave y la oportunidad de la soberanía compartida. Muy afectados por las ambigüedades de lenguaje de sus propios gobiernos, fomentan una cierta nostalgia sobre el poder y las independencias del pasado.

El último punto de debate se refiere a la constitución y el contenido de la identidad europea. Desde que hace ya más de cincuenta años se construye Europa se va viendo aparecer poco a poco el concepto de una Europa política con instituciones propias, todavía relativamente frágiles y sobre todo complejas. La identidad europea va tomando cuerpo desde que hay instituciones de tipo federal, como la Comisión o ahora la Banca Europea. Unos ciertos signos tenuous de esta identidad se van introduciendo en la vida nacional de cada país: pasaporte europeo, bandera, cumbre y muy pronto moneda europea. Estos elementos simbólicos van forjando un sentimiento de pertenencia mientras que realidades muy concretas, como un modelo social particular (protección social universal), atención específica al medio ambiente, sistema de solidaridad interregional van construyendo una política interior europea específica. Todos estos elementos característicos de Europa no se tenían en cuenta en los Estados Unidos o en otros sitios.

Pero la dificultad de construir una identidad europea se arraiga sobre todo en la increíble heterogeneidad de este continente, en los ámbitos culturales, religiosos, políticos (modelo político, política exterior), jurídicos. Son múltiples y muy diversas las tradiciones, las lenguas, las formas de vida, las relaciones sociales. No hay por qué tener miedo a la heterogeneidad ni pretender reducirlo todo a un mismo nivel. «La Europa de los coches no es la Europa de las culturas». No lo será jamás, por razón de la diferencia de naturaleza en todos esos ámbitos. Si la cuestión económica entra con facilidad en una cierta estandarización, el terreno cultural está demasiado próximo a la identidad personal o colectiva como para que pueda ser objeto de una uniformización. Muy al contrario, las instancias europeas animan hoy día y fomentan la diversidad, tanto en la educación como en las lenguas o en la existencia de minorías locales.

Compaginar el proceso de identificación europea con la heterogeneidad que le caracteriza es uno de los retos del futuro. Esta cuadratura del círculo será posible si todos los socios europeos son capaces de llegar a debatir las razones profundas de las diferencias de su pasado, y a rendir cuentas de sus alianzas y tradiciones para poder establecer metas comunes para el futuro. Tiene esto una especial verdad e incidencia en la política exterior: la heterogeneidad resulta aquí dramáticamente paralizante. Lo hemos visto en Bosnia y actualmente en Kosovo. Sólo se podrán producir algunos acercamientos si cada uno es capaz de comprender las diferencias de su memoria y de su propio pasado histórico.

La identidad europea se construirá si se profundiza en lo que es común al continente: sus valores fundamentales, la independencia, la calidad de vida, el dominio de la naturaleza, el pasado común vivido en la violencia pero revivido ahora en la paz.

La tarea de los cristianos y de la Iglesia

EN esta fase de construcción de la vida europea se plantea la pregunta de saber cuál puede ser la contribución del cristianismo, que ha sido el crisol de la vida cultural y social de este continente. Notemos de entrada que la Europa del mañana será laica, libre de todo signo político-religioso y acogedora de todas las religiones y todos los creyentes. Formada por países, desde los más laicos hasta los que han otorgado un estatuto muy privilegiado a las iglesias, que tienen tradiciones muy distintas sobre el papel que corresponde a la religión en la sociedad, la Unión

Europea no quiere conceder a las iglesias un Estatuto particular. Únicamente ha reconocido, en un anexo al Tratado de Amsterdam, que las iglesias y los movimientos humanistas aportan una contribución real a la construcción de Europa. Pero, por prudencia, las instituciones europeas mantienen por lo general una gran distancia en relación a las religiones. A una Iglesia católica que ha sido la cuna de Europa, esta actitud exige un gran esfuerzo de desprendimiento, en relación con ese pasado en que la Iglesia estaba tan presente. Aunque su papel siga siendo muy importante en razón del viejo parentesco entre Europa y la Iglesia, ya no será la matriz del futuro contingente.

En esta nueva situación, el cristiano se encuentra en la posición de un ciudadano, como otro cualquiera, llamado a actuar y a participar en la construcción de esta ciudad Europa. No debería resultarle tan difícil en razón de la semejanza de intereses y de orientación que hay entre la construcción europea y los valores cristianos: resulta llamativo observar cómo los principios de construcción de la Unión Europea están tan cercanos a los de la doctrina social de la Iglesia: defensa de los derechos del hombre (el Tratado de Amsterdam prevé sanciones o incluso una exclusión de los países que no respetasen los derechos humanos), solidaridad y subsidiaridad, economía y libertad, defensa de las minorías, búsqueda de un desarrollo durable. Estos principios dirigen la acción concreta de la Unión y justifican muchas de las medidas que han sido ratificadas por cada país.

La Iglesia sabe bien que todas estas políticas son factores de paz, de reconciliación, de estabilidad y también de desarrollo. Por este motivo se felicita y apoya el proceso europeo. Llega incluso a construir, dentro del respeto a la laicidad, una teología de la paz y de la reconciliación en Europa. Como ha expresado muy acertadamente Juan Pablo II con ocasión de su viaje a Reims en la primavera de 1997, los sistemas secularizados ofrecen a la Iglesia una oportunidad. Puesto que es fruto de la paz y de la confianza mutua, la construcción europea es una acción de salvación. Ciertamente el desarrollo puede quedar desfigurado, pero la orientación general es positiva y debe ser continuada. Al decir esto, la Iglesia no busca apropiarse de Europa o cristianizarla. Simplemente quiere expresar su acuerdo con este inmenso proyecto político y humano.

La actitud de la Iglesia frente a Europa es, sin embargo, ambivalente. Siendo, sin duda, favorable a la construcción europea, a veces expresa su decepción frente a la Unión puesto que la acción de las instituciones de Bruselas parece reducirse a construcciones prácticas que no tocan los valores vividos por los europeos. La Iglesia se entiende mejor con el Consejo de

Europa donde se discute la ética fundamental y los valores subyacentes a la vida común. Las Cartas sociales o la Carta de los Derechos del Hombre, como la prohibición de la clonación humana, parecen darle ocasión a unos debates que van en el sentido de una Europa verdaderamente humana.

Pero tal vez se produce una incompreensión sobre el papel de la Unión, que se limita al ejercicio de un poder político y que no se compromete en la redacción de cartas o de grandes declaraciones de principios. La Iglesia se pregunta, por eso, sobre la función de Bruselas, puesto que allí se habla sobre todo del queso, de las vacas y de la moneda única, es decir, la historia inferior, del consumo y de los mercaderes. No se habla suficientemente de valores, de la familia, de la paz o de la moralidad.

¿No habría que clarificar los papeles de cada uno? Bruselas es una instancia política y desde este ángulo construye una ética. Gestiona la vida común, los valores públicos. Propone valores para la convivencia, una ética práctica, una fuerte invitación a la solidaridad. Se encuentra en la misma situación que el Estado nacional, al cual se le escapa la gestión de los valores privados en la medida en que éstos no intervengan en la vida pública. Ni Bruselas ni ningún Estado pueden cambiar o constituirse en jueces de la vida personal. Pero la extensión de la acción pública de la autoridad europea es lo bastante amplia como para permitir la práctica de una ética política real, sea la que sea. Coincide así con las grandes preocupaciones de la enseñanza social de la Iglesia en un momento en que hay que tomar decisiones importantes para proseguir el camino ya comenzado.

Después de cincuenta años de construcción europea, los pueblos de este continente están llamados más que nunca a decidirse sobre el futuro que hay que dar a este proyecto. Afirmar su voluntad europea se les convierte así en asunto de primer orden. Si no, esta construcción, que es obra del trabajo de expertos, no logrará sobrevivir a las tensiones creadas por esas evoluciones que se van a producir. La constitución de un pueblo europeo está condicionada por la capacidad que tengan los diversos grupos de poblaciones para comprender y aprobar la Europa política. Por estar muy cerca de todos los sectores de la población y de su manera de pensar, los cristianos pueden aportar una contribución única al explicitar los valores que están subyacentes en las decisiones europeas, al clarificar los conceptos europeos fundamentales, y al permanecer vigilantes sobre las decisiones tomadas, explicitando así el sentido y las razones de esta aventura. Aunque ellos no manden en Europa, pueden ser eficaces en el camino de la integración.